

CAPÍTULO XVIII.

Donde prueba el autor la facilidad de hacer sufrir á una mujer el tormento de Juana de Arco.

I.

La señorita Eloisa Mons estaba en su gabinete esperando la llegada del peluquero, para exhibirse como siempre en esos trajes admirables de fantasía en que resaltaba todo el buen gusto é imaginación de la jóven.

Sobre un confidente estaba el traje de ceremonia y en la mesita consola varias cajas con joyas preciosísimas.

La novia tenía un semblante inquieto algunos momentos otros exaltado, seguramente cruzaban por su cerebro ideas contrarias que determinaban la fisonomía siempre hermosa de Eloisa.

Su palidez se habia hecho mas intensa, y sus ojos brillaban como dos luceros al arrollarse las primeras nubes de la tormenta.

Llevaba un vestidor de cachemir, su cabello caía en rizos descompuestos sobre su seno y espalda, y en ese descuido

esmerado habia toda la gracia del gusto y el romanticismo de su situación.

No estaba solo el aposento con aquella ave pronta á dejar la jaula de oro de sus primeros años; en un sillón próximo al que ocupaba Eloisa, estaba don Fernando, contemplando la belleza deslumbradora de su novia.

Por mas gastado que estuviera el corazón del conde, se sentia reanimar solo á la luz apacible de aquella mirada; ademas, esa mujer lo amaba con pasión.

Rosa, sepultada en la oscuridad, sin ese brillo del lujo y de la aristocracia á los ojos de un hombre todo orgullo y vanidad, debia desaparecer como una sombra en su imaginación.

—Que bella estás, Eloisa! decia el galán lleno de entusiasmo: yo bendigo el momento en que vamos á unirnos para siempre; en que mi alma concentrada en la tuya puede adormecerse en un delirio intenso de felicidad.

—Fernando, yo estoy loca de placer, hace tres noches que no duermo, estoy agitada, profundamente inquieta, me parece que todo es ilusión, que el cielo ha abierto sus puertas de zafiro para nosotros; no creia tan próximo este momento.

—Eloisa, cuando va á llegar una época de realidad bellísima para nosotros que hemos nacido en la alta esfera de la sociedad, debiamos estar unidos; pronto desaparecerá toda esta situación, nuestros derechos serán reconocidos y mi nombre tomará el brillo de mis antepasados. Eloisa, la monarquía va á levantarse sobre este edificio que amenaza ruina; rico, feliz, envidiado, nuestro orgullo y amor quedarán satisfechos.

—No quisiera yo, dijo Eloisa, que identificaras nuestra suerte con los azares de la política; yo quiero vivir tranquila, Fernando, nada que pueda acibarar nuestra existencia.

—Eloisa, mis compromisos en Europa me han traído á México y tengo de cumplir la palabra empeñada.

—Yo respeto cuanto tú hayas hecho, pero te suplico en nom-

bre de nuestro amor, que te alejes de ese terreno siempre baladizo de la política.

—Me olvidaba, dijo D. Fernando, sin contestar la súplica de su novia: te traía este alfiler, quiero que esta noche lo lleves a tu tocado.

Eloisa tomó una caja de terciopelo azul, la abrió y quedó encantada.

Una piedra de ópalo de un tamaño extraordinario y con los colores bellísimos del iris, estaba sobre una montadura que formaba un cerco de brillantes claros como la luz y como ella resplandecientes.

—Es magnífica la combinación! dijo la novia.

—Yo quedo satisfecho, respondió D. Fernando, con que es de tu gusto.

—No quiero decirte nada sobre los adornos de esta noche porque pienso darte una sorpresa.

—Siempre tú eres una novedad para mí, aunque estás conmigo á todas horas.

Eloisa tomó con sus pequeñas manos la cabeza de su novio y acercó sus labios á la despejada frente de D. Fernando.

II.

La señorita Mons entró en su tocador, donde la esperaban sus amigas íntimas para vestirla, después de concluir su toilette á la cabeza.

—Vistamos la imagen, decía Lola, nuestro honor está comprometido ¿no es verdad?

—La escultura es magnífica, respondió Victorina, no nos hará quedar mal.

—Por Dios, amigas mías, exclamaba la novia, no sigan virtiéndose.

—Quién se divierte con un lance tan serio, Eloisa? respondió Lola conteniendo la risa: esto de casarse no puede menos de afectar nuestra sensibilidad, ¿no es cierto, Victorina?

—Querida mía, yo no soy la novia, ella podrá responder satisfactoriamente.

—No abusen de mi buen humor.

—Ya esperaba esa respuesta, dijo Victorina: buen humor cuando vas á dejarnos para siempre! confiesa que tú eres la que estás de broma.

—No me comprendes.

—Demasiado, Eloisa.

—O yo no me explico.

—Puede ser, añadió Lola, por eso nosotras nos lo explicamos solas.

—Victorina está celosa.

—Sí que lo estoy: venir un señor conde y sin mas ni mas arrebatarnos á la mas bella de nuestras amigas, es horroroso.

—Eloisa guarda silencio, lo cual quiere decir que consiente en que se la tenga por hermosa.

—Cabalmente, respondió la joven, siguiendo la broma.

—Lo peor de todo, dijo Lola, es que lo dicho es una verdad de á folio.

Eloisa dió cariñosamente una palmada en las mejillas de Lola.

—Y que guapo es tu novio! observó Victorina: qué cuerpo tan elegante, qué ojos! Vamos, no continúo por temor de que vayas á enfadarte.

—Estás verdaderamente insufrible.

Lola y Victorina estaban con un afán extraordinario vistiéndole á Eloisa.

—Nada falta, el velo te lo pondremos á última hora.

—La corona es preciosa.

—Estás como una Virgen, amiga mía.

—Gracias á tanto atavío.

- Jamás te hemos visto mas sencillamente vestida.
- Vengan esas manos de criatura, pongámosle los guantes.
- Ahora sí, no le falta mas que hablar.
- Como que la agitacion puede dejarme muda.

Eloisa estaba verdaderamente encantadora, llevaba un traje de *moaré* blanco atado con una cinta encarrujada de seda. La falda de encima de gasa recogida en el lado izquierdo por un ramo de azahar, y en el escote un collar de capullos iguales á los de la corona, cuyas guias descendían suavemente hasta tocar el flexible talle de la desposada.

Parecia una de las vestales de la poética religion griega.

Llevaba al pecho y oculto entre los ramos de azahar, los brillantes del alfiler como gotas de rocío entre el pétalo de las flores.

Si el autor de las *Flores animadas* hubiera visto á Eloisa, da vida á la *magnolia* con esa exaltacion febril de un cerezo próximo á la locura.

III.

La familia Mons recibia aquella noche á las personas de la familia y á los amigos íntimos; le parecia muy poco aristocrática esa afluencia de convidados en una ceremonia de familia y de mal tono la presencia de gentes extrañas.

El conde del Jaral participaba de estas ideas, le parecia mejor *sensacion* el misterio; y á excepcion de sus testigos y padrinos, no envió papeleta á ninguno de sus camaradas.

El caballero Edmundo Mons, no estaba contento con el matrimonio de su hija; le parecia don Fernando un hombre repugnante y calavera, lo rechazaba por instinto, y aquella boda celebraba con una visible contrariedad por parte de él.

La fatuidad del conde, ese aire de proteccion que dispensaba á cuantos se le acercaban, tenia molesto al padre de Eloisa.

Hemos dicho que el señor Mons habia estado de cónsul en los Estados-Unidos durante muchos años: allí se habia robustecido en sus doctrinas democráticas y odiaba á los títulos como una pretension punto menos que ridícula.

Dedicado á la educacion de su hija, estaba ufano de su obra, porque Eloisa era una jóven instruida y familiarizada en las prácticas del refinamiento.

El conde asistia á las tertulias de la casa de Mons, donde conquistó el cariño de la rica heredera.

Ya sabemos que á don Fernando lo llevaba, mas que el amor, lo apremiante de sus compromisos: esto se le pasaba por las mientes al señor Mons, y se inquietaba por el porvenir de su adorada hija.

El padre hablaba de ella con exaltacion, y un amigo se aventuró á preguntarle:

—Y nada mas esa hija teneis?

Mons lo vió con extrañeza, y como era de su intimidad le respondió:

—Allá antes de casarme amé á una mujer sin corazon, que en su orgullo desató el lazo que hubiera indudablemente orillado mi enlace; expuso á mi hijo entregándolo á manos extrañas.... este recuerdo me hace sufrir. Esa mujer infame fué dotada por mí en una cantidad considerable, con la que se marchó á España sin que haya vuelto á saber de ella. Despues de nuestra separacion he querido investigar el paradero del niño, mas no ha sido posible. Me aseguró un amigo por aquella época que Berta se habia casado en Madrid, ocultando como era natural la historia de nuestros amores.

—Señor, dijo Mondoñedo acercándose á los dos amigos, el señor conde del Jaral busca á usted para saludarle.

—Tenga usted la bondad de decirle donde estoy; pero no hay necesidad, se acerca á nosotros.

Don Fernando, elegantemente puesto, con traje negro y

centro blanco, donde brillaban tres magníficos solitarios, y con su arrogancia acostumbrada, se acercó á Mons.

—Señor, os buscaba para saludaros.

—Gracias, conde.

—Es grande mi satisfaccion al verme honrado por una familia tan apreciable y distinguida.

El señor Mons inclinó ligeramente la cabeza.

—Señor, vuestra hija es la joya mas valiosa que pudiera encontrar en el tránsito de mi vida.

—Gracias, conde.

—Miradla, está hermosísima, y respira el ambiente de la pureza y de la virtud.

Acercóse Eloisa á su padre, que sintió nublarse sus pupilas y oprimir su corazon.

—Padre mio, no te has acercado á darme un beso.

Edmundo Mons, con aquella ternura que solo brota en el corazon de un padre, se acercó á aquella tierna criatura y la besó en la frente.

Una lágrima de angustia vertida de aquellos ojos, cayó como una gota de fuego por el semblante de Eloisa.

La jóven se estrechó con efusion al pecho de su padre.

—Vamos, dijo el señor Mons, hoy se trata de tener alegría; no hay para qué entristecerse; ve, te esperan tus amigas; Fernando, el brazo á su esposa.

Acercóse con galantería el conde y presentó su mano á Eloisa, que la oprimió dulcemente.

IV.

Eran las ocho aún, y la ceremonia debía verificarse á las diez.

Mondoñedo estaba impaciente; parece que husmeaba algo

lo que iba á pasar: veia continuamente el reloj, y las horas se le hacian eternas.

El conde habia salido á la antesala á fumar un tabaco con sus amigos, cuando un lacayo le presentó una esquila que don Fernando leyó violentamente.

Reflexionó algunos momentos, y parándose resueltamente, entró en el salon y dijo á Eloisa:

—Un negocio de urgencia me obliga á dejarte por unos momentos.

—Que no tardes, Fernando, dijo Eloisa dirigiéndole una mirada capaz de conmover á una roca.

Mondoñedo, por un instinto desconocido, se puso en acecho de don Fernando; algo vió en sus ojos que despertó un sentimiento extraño en su corazon.

El conde entró en su carruaje, y Mondoñedo en su carretela se puso en seguimiento de aquel hombre, envuelto en el torbellino de las vicisitudes.

V.

Dieron las diez.

El sacerdote esperaba la llegada del novio para revestirse.

Eloisa estaba inquieta con la ausencia de don Fernando.

El señor Mons, sin preguntar, salia cada momento al balcon para ver si llegaba el carruaje.

Las amigas de Eloisa se pusieron al piano para hacer mas pasadero el tiempo.

Ninguno de los convidados decia nada; pero ya comenzaba á notarse una agitacion desconocida en la concurrencia.

Eran las once y don Fernando no parecia.

El señor Mons buscó á Mondoñedo; éste tambien se habia ausentado sin dar aviso de su separacion.

La jóven no sabia qué pensar; indecisa, vacilante y afligida no quitaba la vista de la puerta de entrada.

Todos guardaban silencio: nadie se atrevía á pronunciar una sola palabra que revelase la verdad de aquella situación.

El señor Mons estaba sombrío.

Eloisa, con las lágrimas prontas á desprenderse de sus pupilas, y con una aflicción profunda.

El silencio discurría por aquella sala, antes animada por los ecos de lo música y las voces angelicales de las amigas de la desposada.

En medio de aquella terrible expectativa, sonaron pausadamente las doce.

El eco del bronce resonó con un timbre de agonía en el corazón de la jóven.

El señor Mons desapareció de la escena.

CAPITULO XIX.

Donde se ve que el robo de las sabinas se vuelve por pasiva en el siglo XIX.

I.

El carruaje se detuvo á la puerta de la casa de Rosa.

El conde del Jaral, acostumbrado á las aventuras y atormentado con la situación que guardaban sus amores, pues la jóven jamas le habia concedido una entrevista, no desperdiciaria la oportunidad de pasar una hora junto á aquella mujer á quien tenia intenciones de amar alguna vez, como á bordo del "Conway."

El billete de Rosa era el mejor anzuelo tirado á tan grande pez.

El conde subió precipitadamente las escaleras sin notar que el estudiante lo seguia muy de cerca.

Rosa le esperaba con impaciencia, y ya comenzaba á inquietarse, porque el billete no le fué entregado en la mañana á don Fernando.

Pendiente al menor ruido, permaneció en el balcón hasta que el carruaje del conde se detuvo á su puerta.

Entróse la jóven para recibir á don Fernando, no sin percibir la carretela del estudiante.

El desgraciado Mondoñedo lo comprendió todo.

Había sido el juguete miserable de aquella mujer, el órgano puro donde ella se informaba de los pasos todos de su amante; su papel era el de un lacayo, menos aún, de un policía secreto.

Agolpósele la sangre al corazón, que amenazaba romper la bota del pecho, su frente se heló y su semblante se contrajo espantosamente.

Detúvose á la puerta por donde el jóven había penetrado, conteniendo la respiración se puso á escuchar.

Vió primero por el ojo de la cerradura, pero se retiró inmediatamente temiendo no poderse contener, y lanzarse como un lobo en la estancia y anegarla en sangre.

II.

Rosa le tendió la mano al conde, quien la besó con pasión. En el traje riquísimo de don Fernando se adivinaba toda la nobleza. Rosa se estremeció de celos; pero sonrió después con satisfacción.

—No esperaba yo, señora, tanta felicidad; lo que he deseado tanto tiempo y pedido con tanta súplica, hoy se me como por encanto.

—Es que mi amor os llama.

—Por qué ese lenguaje de reserva, Rosa mía?

—Conteneos! dijo la jóven viendo que don Fernando le había pasado el brazo por el talle.

El galán se retiró, notando alguna extrañeza en el semblante de la jóven.

—Me amais mucho, no es verdad? preguntó Rosa de una manera incisiva.

—Cuanto un hombre puede amar á una mujer.

—¿Recordais vuestras promesas á bordo del "Conway?"

—Que si las recuerdo? no he olvidado una sola; esta pasión que me consume, es hija de aquellas horas dulcísimas en que oí de vuestros labios la primer frase de amores: desde entonces me parece que estais mas hermosa, que os amo con mas entusiasmo.

Don Fernando tomó la mano de Rosa.

—Retiraos, caballero! dijo con altanería.

El conde se comenzaba á sentir humillado.

—Qué teneis, señora? preguntó algo incómodo don Fernando.

—Vos lo sabeis acaso mejor que yo.

—Os juro que...

—No jureis, interrumpió la jóven; cuadran mal á un hombre de honor esas protestas.

El conde comenzaba á sospechar.

—Hablemos de otra cosa, ¿conoceis á Manuel Mondoñedo?

Don Fernando se estremeció involuntariamente.

La puerta crujió como á un golpe de viento.

—Que si le conoceis os pregunto, caballero.

—Sí, es un estudiante que merced á una herencia hoy frisa en el gran mundo.

—Y si os dijera, exclamó Rosa, sin poderse contener ante la audacia de aquel hombre, que yo levanté de la miseria á ese desgraciado para ponerlo en pos de vuestra huella y saber hasta lo que pensábais, ¿qué diríais?

La puerta volvió á estremecerse.

—Que he sido víctima del espionaje y de la traición.

—Si vos invocais esa palabra, ¿que diré yo cuando sé que hoy mismo os desposais con la señorita Mons?

Don Fernando sintió que un rayo había herido su cabeza, llevó las manos al rostro y balbuceó algunas palabras.

—¿No es verdad que me habeis escarnecido, que habeis burlado mi amor creyendo que no llegaría á mis oídos la noticia de vuestra infame conducta?

—Señora, por Dios, dijo don Fernando, poniéndose de rodillas.

—Alzad, mal caballero, yo os arrojo de mi casa como á un hombre despreciable y ruin!

Don Fernando tendió la mano para asirse del traje de Rosa; esta lo apartó con desden insultante.

—Vuestro contacto me mancha, retiraos! no habeis oído que yo os arrojo de mi presencia?

Levantóse el conde herido en su amor propio, tomó el sombrero, se lo caló con altivez y dijo con timbre desdenoso:

—Estaba reservado á la hija de un comerciante el lanzar un ultraje á quien se ha rebajado hasta el punto de requerirla de amores.

—Descubríos, señor conde del Jaral, dijo Rosa, arrebatando el sombrero de la cabeza de don Fernando y arrojándolo con fuerza sobre la alfombra.

—Os perdono, dijo el conde lanzando una carcajada nerviosa: esta escena es toda vuestra.

—Don Fernando Moncada! exclamó la jóven, apretando convulsivamente el brazo del conde: reportaos, estais en presencia de doña Blanca de Borbon, condesa de Montemolin!

Don Fernando cayó trémulo á los piés de doña Blanca.

—Os he dicho mi nombre, y como sois capaz de denunciarme, permaneceréis en esta casa hasta que yo pueda salir de la ciudad.

—Compasion, señora! decia el conde arrodillado.

—Alzad, caballero, aun es tiempo de una reparacion á vuestra criatura á quien vais á engañar villanamente: escribid que es imposible ese enlace.

—¿Señora!

—Escribid pronto, os digo!

—No, no tengo valor, murmuró don Fernando.

—¿Y lo habeis tenido para engañarla?

El conde estaba mudo.

—Oidme: tengo en mi poder vuestra correspondencia con los agentes de la *intervencion*, en que constan las notas de Suiza, de Londres, de Paris y de España; todas ellas os pueden llevar al cadalso en América.

El conde temió seriamente por su existencia.

—Estoy á vuestras órdenes, señora.

La condesa le presentó recado de escribir, don Fernando trémulo de vergüenza trazó estas lacónicas frases:

“Eloisa, nuestra union es imposible; perdonadme. Adios.— Fernando.”

Doña Blanca tomó el billete y dijo al conde con imperio:

—Entrad en ese aposento.

Don Fernando obedeció sin decir una palabra.

La jóven dió dos vueltas á la llave, y despues abriendo violentamente la puerta en que estaba el estudiante, dijo con voz de trueno:

—Adelante, caballero!

III.

—Señora, habeis abusado de una manera cruel de mi amor.

—Nunca os he dicho que os amaba.

—No, es cierto, pero mi abnegacion no merecia tanto desden.

He sido el juguete de vuestros celos; si yo hubiera sabido que era hasta un crimen levantar la voz de mi cariño hasta la hija de Carlos Luis de Borbon, estaria fuera de este camino en el que debo encontrar la muerte.

—Perdonadme!

—No, no pronuncieis esa palabra delante de un hombre millado; no venderé vuestro secreto, ni llegará hasta vos el yo de mi venganza: yo lo descargaré sobre la frente de ese hombre á quien amais.

—Que os ha hecho él?

—Nada, pero vos mucho. Daros la muerte seria un favor despues de los ultrajes que habeis recibido del conde: no, yo necesito que sufrais todo el horror de la desesperacion; mi herida ha de ser en el alma, terrible como la que habeis hecho en mi.

—Idos en buena hora, acepto la lucha que me proponeis da por vida!

—¡Vida por vida! gritó el estudiante, y se lanzó rabioso fuera del aposento.

IV.

Despues que las doce de la noche habian sonado, la ansiedad aumentaba por momentos en la casa de Eloisa.

La infeliz novia, presa de la vergüenza, no sabia que retirarse era confesar su derrota, permanecer en el salon aquellos adornos y galas era una ironía espantosa.

El caballero Mons habia salido en busca del conde para darle. Sin saber á donde dirigirse vagaba á merced del azar cuando en una de las calles tropezó con un hombre: era el conde.

—¿Quién va? dijo el señor Mons.

—Qué os importa? replicó Mondoñedo.

—Ah! sois vos, caballero?

—Sí, yo soy, qué se ofrece?

—Decidme qué pasa, mi hija se muere de pena y yo de vergüenza.

—Nada me preguntéis, señor, yo no sé nada, nada quiero saber.

—Decidme al menos el paradero del conde.

—Es un miserable, no sabeis el bien que os hace la fortuna con ese rompimiento.

—Luego no se casa ya con mi hija?

—No, respondió friamente Mondoñedo.

—Explicadme, por Dios.

—No queráis saber nada, esa historia es horrible; Dios ha salvado á vuestra hija. Adios!

Y sin que el caballero Mons pudiera detenerle desapareció como una sombra que se desliza.

Edmundo Mons reflexionó sobre las palabras de Mondoñedo y dijo al fin:

—Ese jóven tiene razon, acaso esta fatal circunstancia haya salvado á mi hija. Voy á pasar una crisis de vergüenza, pero no importa. ¡Pobre Eloisa!

Dirijióse violentamente á su casa para dar un término á la situacion.

Al entrar le presentó el portero un billete.

A la luz del farol leyó los renglones trazados por la mano del conde.

Subió la escalera y penetró en la sala, donde su presencia causó una profunda sensacion.

—Padre! gritó Eloisa y se levantó á recibirle.

—Señores, dijo Mons, afrontando de lleno aquella terrible crisis, es necesario que sepais lo que motiva la ausencia del conde.

Todos se levantaron para escuchar al señor Mons.

—En los momentos, dijo vivamente emocionado el padre de Eloisa, en que se iba á verificar el enlace de mi hija con don